

había de valor auténtico y sinceridad. Nunca se apreciará, debidamente, esta facultad admirable de Mariátegui. La de aprehender todo lo valioso, la de amar todo lo sincero, muchas veces en campos adversos, pero sin abdicar ni un minuto de su posición definida y concreta. Y de ahí que su ausencia, en el campo mismo de la lucha, será sin remedio. Su espíritu, su recuerdo serán acicate, gonfalon; pero faltará el tacto que le hacía conducir sus ideas y sus fuerzas por entre todos los escollos, dominando las situaciones, haciéndose amar, respetar y, a menudo, temer, por los más encontrados. No quiero, en esta hora que es de doloroso desconcierto, insistir más. Me prometo—aunque nadie me lo pida— como deber para mí mismo, bosquejar pronto la figura de José Carlos, decir cuanto fué, entrar en su obra y en esa iniciación mística de sus primeros días literarios, misticismo que, aplicado a la realidad, hecho sangre, ha sido la esencia misma de su pensamiento y de su obra.

Fué a la Revolución, con el corazón más abierto y puro que he conocido, pero llevando, como contrapeso, su experiencia europea, su análisis de la realidad. Ahí está su obra, inmensa y denodada. Ahí está su vida rota, sacrificada a su obra. Ahí está ese ejemplo inolvidable, del hombrecillo que desde un sillón de ruedas, fué el cerebro vigilante y el pensamiento alerta de una generación que no ha llegado aun a su plenitud, pero que no podrá perder de vista nunca lo que él dijo. Ahí está, para dolor de todos, de cómo viven estos héroes sin mancha, vencedores aunque sean pobres—porque no hay que confundir derrota con pobreza—su hogar deshecho y pobre, y la acuciocidad vigilante de sus compañeros, de sus admiradores que fuimos todos; aun los que, en la hora sin dobleces, de la muerte, puedan haber sido capaces de una reticencia ante esa vida que debiera convertirse tanto en ejemplo como en remordimiento, para los que no saben ni pueden sacrificar nada de su sensualidad exacerbada, a una idea; ni siquiera a un interés.

El último de todos, en el homenaje, pero no en la amistad ni en la admiración, quiero que mi nombre se una, siquiera por última vez, al del hermano definitivamente ausente.

*Luis Alberto Sánchez*

En nuestro medio, Mariátegui es un caso insólito. Supo rectificar su vida en el momento preciso. Después supo mantenerse en la línea que se trazara, sin apartarse un ápice de lo que él creyó su deber. Ese hombre admirable justificó su vida. Para él, treinta y cuatro años de existencia han sido algo más, pero mucho más, que una aventura. Vivió seriamente sin ser solemne. Su inteligencia sólida tuvo el encanto de una agilidad sonriente, de una presteza de apreciación que no falló jamás.

Su generosidad no fué efectiva sólo en lo cotidiano de la vida. Yo le he visto gestos franciscanos... Pero todo

aquel que se acercó a José Carlos siempre alcanzó lo que de él pretendía. Su amplitud acogía sin distinción hasta las cosas que eran antípodas a su ideología.

Yo no sé qué elogio podría hacerse de este hombre. Sólo sé decir que, para mí, fué una constante lección de optimismo, de abnegación, de desinterés. En su sillón de ruedas, corroído por el mal que le asesinó, ese mutilado hombre cabal fué el más vigoroso ejemplo de hombridad.

*José Díez-Canseco*

José Carlos Mariátegui representó el rol de un símbolo. Fué el símbolo del Perú. Sin él, lo mejor, lo que hay de más puro, de más sensible en la conciencia de la nueva generación peruana, habría permanecido soterrado, esterilizado por la acción del servilismo y de la rutina. Todas las injusticias se recrearon en Mariátegui. Hasta la Naturaleza misma, a menudo pródiga en procrear malvados e inútiles, fué parsimoniosa, avara, con la vida de este hombre bueno y justo. Voluntad de vivir, ansiedad de superación, tensión máxima en el arco para lanzar las flechas de su ideal, tales fueron las características de ese espíritu brillantado en el sufrimiento íntimo y tendido con ímpetu trágico hacia el Porvenir.

Pero Mariátegui como símbolo representa mucho más. Su vida varonil, heroica en el más alto sentido del vocablo, supera lo ejemplar; llega a ese trágico inaccesible, ante el cual, mudos de estupor, inclinamos la frente con reverencia. ¿Ejemplar esa vida? ¿Cuántos están dispuestos a seguirla? Sin embargo, para honor de la generación actual, para dignificación de la vida misma, podemos deducir un ejemplo. Mariátegui, pobre, enfermo, débil orgánicamente, supo afirmar su fé con valentía, supo propulsarla con desenfado, con violencia; según frase propia «metió toda su sangre para comunicarle pasión a sus ideales», y esto, ¡en qué hora! Cuando todos los que—llegados a la linde de la madurez—colocan un biombo de color púdico para ocultar las travesuras rojas de la juventud. Mariátegui subraya con gallardía sus gestos de protesta, y, así ha quedado hieratizado, al paralizarse el ritmo de su corazón, al apagarse la luz de su inteligencia, al enmudecerse sus labios para trasponer las fronteras de la muerte... Ha muerto como un hombre de ideas y como un hombre de lucha. En adelante, una vez más, los que poseen vértebras serviles e intestinos insondables, no podrán hacer casuísticas diferencias entre uno y otro.

*J. Eugenio Garro*

Valdelomar unió al periodismo, el sentido estético; Mariátegui unió al periodismo, el ensayismo social. Esta fusión se operó en él merced a un serio autodidactismo, que, en una transformación maravillosa, llevó de la dirección de *El Turf* a la dirección de *Amauta*, de la crónica local al libro de trascendencia americana. Glosador de los más

variados y lejanos sucesos de la «escena contemporánea» y de los más diversos y complejos fenómenos de la realidad peruana, de aquella sobre la que es posible escribir, su perspectiva poliforme estaba unificada por su filiación y su fe. Por eso su obra es de comentador, y, al mismo tiempo, de propagandista; es segura hasta llegar a la precisión matemática y al mismo tiempo, profundamente revolucionaria. Algunos osamos estar en ciertos aspectos distantes de Mariátegui; quizá su autodidactismo lo perjudicó haciéndole superestimar el valor de Marx perdiendo con ello el sentido americano autónomo que tiene, por ejemplo, Waldo Frank; quizá su espíritu periodístico y su rigidez doctrinaria, dan a algunos de sus ensayos cierta endeblez. Pero, a pesar de todo, su obra es tan trascendental que parece unida por una predestinación que él intuía en 1924 ante una de sus crisis cuando decía que no podía morir ya que las vidas son como flechas y la suya no había llegado aun al blanco. Su obra supera a la de González Prada porque está dejada de la comodidad y de la tranquilidad, porque está hecha con persistencia, porque contextura una interpretación dialéctica de la evolución del Perú y del mundo. Quien esto escribe—vuelve a decirlo—no es comunista. Pero fué bello ver a los discípulos y adeptos de Mariátegui despedirlo entre banderas rojas e himnos proletarios. Así le hubiera gustado que lo despidieran—no en su muerte, que no se ha producido aun, sino en su ausencia. Así afirmaban ellos, a pesar de la desgracia, su esperanza, esa misma esperanza que él afirmó a pesar del dolor.

*Jorge Basadre*

Si con la muerte de José Carlos Mariátegui hemos perdido a un escritor de extraordinaria inteligencia, cuya obra multiforme se agigantará con el correr de los tiempos avivando el premio de religiosa admiración de las generaciones venideras, hemos perdido también a un hombre cuya vida era un símbolo admirable de moralidad, de abnegación, de consecuencia, de bondad, de pureza espiritual y de acerada voluntad organizadora.

Viendo a José Carlos Mariátegui, en cuya salud el destino se ensañaba con refinada crueldad, se recibía la más hermosa lección del dominio de la voluntad y se presenciaba el más rotundo triunfo de las fuerzas del espíritu sobre las de la materia.

En este hombre de rectitud acrisolada, jamás se anidó un pensamiento impuro. Por eso sus frases tenían unción evangélica. Porque fué el espíritu más diáfano, blanco y avizor de su época, supo decir con bizarría y valor sin par lo que muchos sienten pero no se atreven a expresar.

Porque fué bueno, inmaculadamente bueno, prefirió la vida de lucha constante, de sacrificio renovado, a los triunfos fáciles y por eso estuvo al lado de los que necesitaban una amorosa comprensión para sus dolores y sus desventuras,